

SENTIR EN CUBANO Y ESCRIBIR EN ESPAÑOL

Vitalina Alfonso
Instituto Cubano del Libro

Regresar a Cuba era una obsesión. Pero al fin, luego de casi cuarenta años, la escritora Uva de Aragón (La Habana, 1944)¹ pudo hacer realidad su sueño. El reencuentro con su ciudad y lugares amados ha afianzado aún más su sentimiento de pertenencia. Tras la primera visita, realizada en 1999, Uva ya ha vuelto dos veces más a La Habana, y hasta ha traído —en su último viaje— a su hija mayor (nacida en los Estados Unidos) para hacerla participe de esa especie de acto de exorcismo que significa, hasta cierto punto, volver a los orígenes.

De su “incurable, hereditaria y contagiosa” enfermedad de ser cubana, de la historia familiar y de sus proyectos del presente y el futuro conversamos con calidez y desgarramientos, una lluviosa mañana del mes de enero de este año 2000.

Vitalina Alfonso: Usted ha expresado que casi desde niña sabía que quería ser escritora. ¿Qué motivó que esta vocación estuviera bien definida?

*Uva de Aragón: Vengo de una familia de escritores y crecí rodeada de libros. Desde muy niña mi abuela me hacía cuentos de mi abuelo, el escritor Alfonso Hernández Catá y de sus relaciones durante su estancia en España como diplomático. Allí trató mucho a Alberti, Lorca, los hermanos Machado, Ortega y Gasset, Pérez Galdós, que fue como su mentor, y muchos otros intelectuales. También mi abuela me leía de las *Cien mejores poesías de la lengua española*. Todo este ambiente fue poblando mi imaginación y muy pequeña ya recitaba de memoria a Lope de Vega, Gutierre de Cetina, Zorrilla y Darío. Mi padre enfermó del corazón cuando yo tenía nueve años —moriría seis meses después—, y la casa se fue cargando de esa atmósfera sombría que envuelve los hogares cuando hay un enfermo por un largo tiempo. Un domingo lluvioso mi tía Sara Hernández Catá llegó con unos enseres para bordar y se los entregó a mi hermana Lucía. A mí me dio una libreta y un lápiz, y me dijo: “¡Escribe!” Y yo obedecí. El resultado fue una “novela” de diecisiete páginas —a mí me parecía muchísimo— que mi hermana pasó en limpio pues siempre he tenido una*

¹ *Dentro de su obra prolífica en géneros y producción se destacan títulos como los siguientes: Versos de exilio (1975), Ni verdad ni mentira y otros cuentos (1976), No puedo más y otros cuentos (1989), El caimán ante el espejo. Un ensayo de interpretación de lo cubano (1993), Alfonso Hernández Catá. Un escritor cubano, salmantino y universal (ensayo, 1996) y Los nombres del amor (poesía, 1996).*

aligrafía endemoniada. Debo haberla perdido cuando me fui de Cuba pero recuerdo que era una especie de versión feminista y guajira de *La Cenicienta*. Mi tía leía en voz alta y decía: "La niña ha heredado el talento del abuelo. Tiene mucha gracia para las transiciones". Yo no tenía idea qué eran las transiciones pero me parecía algo muy importante. Ella me exhortaba a que nunca dejara de escribir. Y de nuevo he obedecido...

V.A.: *Cuando marchó con su familia a los Estados Unidos ¿qué sucedió con tal vocación?*

U. A.: Llegué a Washington a los quince años. Siempre había soñado con estudiar Vivíamos en un edificio de apartamentos al que llamábamos "Pastorita", la ropa pasaba de niño en niño, la peluquera nos pelaba a todos, el mecanoperiodismo en la escuela Manuel Márquez Sterling y de pronto me vi rodeada de inglés y nieves por todas partes. Estábamos en una situación económica muy precaria. No sabía cómo se pedía un préstamo para estudiar en la Universidad. Pensaba, además, que pronto regresaría a Cuba. Me casé a los 17 años, tuve mi primera hija a los 19 y comencé a trabajar desde los 16 en esferas totalmente alejadas de la literatura.

El exilio de aquel entonces fue muy igualitario: éramos todos igualmente pobres. Yo arreglaba todos los carros, el dentista nos sacaba las muelas sin aún haber revalidado el título, etc. Como era de las que mejor hablaba el inglés, me convertí en la intérprete y traductora del barrio. Era toda una gente muy buena, pero con intereses distintos a los míos. No tenía con quien compartir mis inquietudes literarias. Seguía, no obstante, escribiendo mis "cositas" de noche y leyendo. Por los años '70, Carlos Márquez Sterling, mi segundo padre, me envió desde Nueva York una notica, que aún conservo, junto a un manuscrito mío que él había traído de Cuba, a pesar de las circunstancias tan difíciles en las que se había marchado. Me sugería que recogiera esas prosas poéticas, las uniera a textos posteriores y publicara mi primer libro. Recordé, entonces, que cuando de niña iba en el ómnibus escolar la mayoría de mis compañeros conversaban y cantaban mientras yo, que era medio solitaria, iba soñando frecuentemente con la publicación de mi primer libro. Aunque la idea de Carlos me parecía una quimera, busqué en las gavetas, me di cuenta que había acumulado a lo largo de los años muchas viñetas y armé un pequeño volumen bajo el pretencioso título de *Eternidad*, ya que intentaba eternizar lo efímero. Entonces todos nos planteamos (el libro se convirtió en un proyecto de familia) que debía llevar un prólogo y mi madre o mi tía Sara —no recuerdo bien—, sugirió pedirselo a Eugenio Florit, amigo de la familia desde antes que yo naciera. (Por cierto, tengo una edición de *Trópico* del año 37 dedicada por él a mi abuelo.) Florit conoció mi manuscrito antes de conocerme a mí. Salió por fin *Eternidad*, editado en España, y tuvo muy buena acogida entre los exiliados cubanos. Se publicaron varias críticas, recibí muchas cartas y todo ello me estimuló mucho. Hoy me parece hasta cierto punto escrito por otra persona pero no me arrepiento de haberlo publicado. Son textos de juventud, los primeros escritos en La Habana cuando tenía 13 años.

V.A.: *Hábleme un poco de su carrera periodística.*

Se remonta también a mi adolescencia. Comenzó en las páginas del periódico del colegio Ruston, donde estudié los primeros años del Bachillerato. Luego, sin encomendarme a nadie, mandé un par de artículos al *Diario de la Marina*. Fue una inmensa emoción la primera vez que vi mi nombre en letra de imprenta. En *Diario Las Américas*, en Miami,

comencé a publicar esporádicamente a partir de 1961. Desde 1987 he mantenido una columna semanal de temas muy variados: críticas literarias, de artes plásticas, cine; análisis de noticias de actualidad; asuntos más personales como la muerte de mis padres, los nacimientos de mis nietos, crónicas de viaje, y, naturalmente, Cuba y los cubanos donde quiera que estén. En los últimos años estas columnas también se reproducen en algunos periódicos de España como *El Adelanto* de Salamanca y el *Correo Gallego*. También he hecho algunas entrevistas importantes, a Mario Vargas Llosa, por ejemplo. Y he publicado en muchas revistas...

V.A.: *¿Cuándo estudió por fin y qué han significado para Ud. los estudios?*

En 1978, cuando me mudé a Miami, mis hijas ya eran un poco mayores, mis padres se habían retirado y vivían con nosotros, comencé entonces a estudiar por las noches, mientras continuaba trabajando. Luego obtuve una beca e hice mis estudios de posgrado en la Universidad de Miami, donde terminé mi doctorado, lo cual me ha permitido desempeñarme en el mundo universitario. Los estudios, además, me enriquecieron espiritual e intelectualmente, y me han ayudado a escribir mejor.

V.A.: *Ud. se ha referido a que su vida y su obra han estado siempre signadas por el adiós. ¿Cómo se manifiesta esto concretamente en los temas de su producción literaria?*

U.A.: Si lees mis poemas, mi narrativa, incluso mis artículos periodísticos lo observarás enseguida. Es una obra llena de despedidas, no sólo a las personas, sino también a la tierra, a los lugares de la infancia, a la patria, a los distintos sitios en que se ha vivido a lo largo de los años. Siempre hay un elemento de lejanía, de añoranza de algo que no está. En la novela que tengo inédita (tiene como título posible *Habana Norte*), y que es la historia de dos hermanas, las despedidas están presentes en muchas instancias. También he incluido la nostalgia no sólo de los que nos fuimos, sino la de los de acá por los que nos marchamos, algo que no había palpado hasta que vine a Cuba por primera vez el pasado año. En mi obra está presente, asimismo, el adiós definitivo que entraña la muerte, quien ya me ha robado a muchos seres queridos.

V.A.: *¿El hecho de escribir en español, a pesar de que tanto por los años de permanencia en los Estados Unidos como por su formación académica pudiese hacerlo en inglés, ha sido una decisión consciente de afirmación de su identidad cubana? ¿Responde, al mismo tiempo, a una perspectiva de futuro, a un futuro que borre el estatismo y las incomunicaciones entre las dos orillas? ¿En cuál tradición literaria ubicaría su obra?*

U.A.: Durante unos cinco años o más escribí y leí en inglés pero en un momento dado regresé al español pues comprendí que hay un nexo muy íntimo entre sentir en cubano y escribir en español. Fue una decisión consciente, de afirmación de mi identidad. No es por gusto que *idioma e identidad* tengan una misma raíz etimológica

A partir de esa resolución, me dediqué a leer prácticamente sólo en mi primera lengua. Posteriormente, el mudarme a Miami —donde aunque con interferencias del inglés se habla mucho español— y los estudios universitarios reforzaron mi dominio del lenguaje, herramienta fundamental del escritor, y también, en cierta forma, su patria.

Me he aferrado a la lengua de Cervantes por distintas razones. Mis antepasados, por todas las ramas, y por generaciones, han pertenecido a la gran familia de la cultura cubana. Esa herencia corre por mis venas. Siempre he escrito para Cuba y, en los momentos más aciagos —porque el destierro es muy doloroso—, lo hacía con la rabiosa esperanza de que si no podía regresar nunca a mi Patria, al menos mis libros lo harían por mí. Cuando eran verdaderamente impensables los acercamientos que ha habido en los últimos años, que han permitido mi presencia física aquí en La Habana, escribía con el propósito de que mi obra literaria se integrara algún día al canon literario de mi país, del que siempre me he sentido parte.

Me consoló mucho cuando, después de leer tantas veces “Los zapaticos de rosa” de José Martí, me di cuenta que las playas de Pilar eran las playas de Long Island. Generaciones y generaciones de cubanos conocemos la biografía de nuestro Apóstol y sin embargo no hacemos esa asociación. En realidad, una parte importante de la literatura cubana del siglo XIX, y también del XX, se ha escrito fuera de Cuba. Nunca había tenido una plena consciencia de que la mayoría de la obra martiana había sido escrita fuera de la patria.

Me dan mucha satisfacción, pues, las conferencias y charlas que he impartido, los textos míos que se han publicado en Cuba recientemente, haber donado mis libros a la Biblioteca Nacional, esta entrevista que ahora me haces, en fin, sentir que puedo irme integrando a la cultura de mi país, ya que ello ha sido un sueño de cuarenta años, y que parecía irrealizable, al punto de sólo imaginarlo posible después de muerta.

En medio de la fatiga y el esfuerzo de muchas horas de estudio, siempre me alentaba la idea de que algún día y de alguna manera podría contribuir con algo a mi país. Creo que tengo la fortuna de poderlo hacer ya, siquiera de forma modesta tendiendo puentes no sólo como escritora, sino también a través de mi trabajo en el Instituto de Investigaciones Cubanas en la Universidad Internacional de la Florida y los programas de intercambio académicos que impulsamos. Todo cuanto contribuya a borrar el estatismo y la incomunicación entre los cubanos en cualquier orilla (ya son más de dos, pues hay compatriotas nuestros hasta en los más remotos rincones) es un aporte positivo al proyecto nacional futuro.

En lo referente a la tradición literaria en la que ubicaría mi obra, creo que siempre esta definición debe dejarse a los críticos ...y al tiempo. Sólo puedo decirte que escribo lo mejor que puedo; soy en ese sentido muy ambiciosa, pues más que la fama y el dinero lo que me interesa es dejar una obra que perdure, aunque —como a todo el mundo— siempre me interesa publicar lo que escribo.

V.A.: *¿Qué puede decirme sobre su generación?*

Alguien nos ha bautizado como la generación de los “casiniños” pues muchos llegamos al exilio muy jovencitos, sin haber publicado apenas, sin que nadie nos conociera. Nos empeñamos en escribir en español pero no nos favoreció la caja de resonancia del *boom* literario latinoamericano como a los de nuestra misma generación que se quedaron en Cuba. Ser exiliado cubano en esa época era ser unapestado y no había editorial que te publicase

un libro. Por otra parte, mi generación se dispersó mucho en los Estados Unidos (New York, Miami, etc.) pues nos quedábamos donde hubiese trabajo y caímos en una especie de hueco negro. No había mentores, tertulias, revistas. Las que se hicieron fueron fruto de muchísimo esfuerzo y duraron pocos números. Nosotros no tuvimos ni una Casa de las Américas, ni una UNEAC, ni becas, ni premios David, ni nada que se pareciera. Escribíamos en el subway o entresemáforos, de regreso de las oficinas, las tiendas, las factorías o los colegios o donde nos ganábamos el pan. A pesar de tantísimos inconvenientes, mi generación ha dado muy buenos escritores. Pienso en Omar Torres, un excelente novelista y poeta, Iván Acosta, magnífico dramaturgo; en Ileana Fuentes, conocida como ensayista pero con una obra poética inédita interesante. Está también una generación anterior a la mía, integrada por poetas como Orlando Rodríguez Sardiñaz, Rita Geada, Martha Padilla. Algunos poetas importantes, mayores que yo, se nos han muerto ya, como Pura del Prado y Ana Rosa Núñez. Y hay otros más jóvenes que son excelentes, como Orlando González Esteva, en la poesía, y Mayra Montero en la narrativa, género en el que también se ha destacado mucho Hilda Perera, de una generación anterior también a la mía. Todavía hoy se hace difícil encontrar editoriales importantes que se interesen en la obra de los viejos exiliados. Pero todas esas pequeñas ediciones que hicimos a través de los años, muchas veces hasta costeadas por los propios autores, algún día se podrán volver a publicar e integrarse a donde pertenecen: a la cultura cubana.

V. A.: *¿Cómo ha incidido el hecho de escribir en español en la inserción de su obra dentro del mercado del libro estadounidense? ¿Cuáles otros mercados considera que han sido receptivos a ella?*

U. A.: Los últimos libros los he publicado en España. Uno de ellos, mi tesis doctoral sobre la obra de Hernández Catá, salió por la Universidad Pontificia de Salamanca. Ha tenido alguna resonancia mediante notas periodísticas, pero los libros de crítica literaria nunca son de mucha circulación ni difusión pues su público primordial es el académico. El poemario *Los nombres del amor* fue publicado en 1996 por Torremozas, una editorial pequeña —sólo saca unos doce títulos al año— pero muy prestigiosa. Me resultó de mucha satisfacción que, sin conocerme, cuando envié mi libro de poemas enseguida lo aceptaran y se presentó en la Feria del Libro de Madrid el año siguiente. En los últimos tiempos viajo a España una vez al año, aproximadamente, pues como no podía venir a Cuba estas visitas eran la sustitución de la patria, el encuentro con mis raíces. Allí vivieron mis abuelos, nació y se crió mi madre, en fin, tengo raíces que no están presentes en los Estados Unidos, aunque haya residido en ese país tantos años.

Anteriormente, publiqué varios libros con Ediciones Universales, que ha sido la editorial que ha publicado más títulos de cubanos exiliados. Entre los cubanos en los Estados Unidos mis libros han tenido una buena acogida, pero a veces temo que los críticos no sean del todo objetivos ya que muchos son amigos míos. Salir de ese ámbito ha sido muy importante para comprobar si mi obra literaria puede instalarse dentro de las corrientes internacionales y tener similar recepción. La novela que tengo inédita quiero publicarla en España y eso significaría parte de ese brinco al que aspiro, es decir, a un mercado mayor, con una obra que es fruto de mi madurez literaria pues ya tengo 55 años.

V. A.: *Algunos autores cubano-americanos no radicados en la Florida se han referido a 'las tensiones que entraña escribir una obra literaria en Miami, sin comprometerse con los conflictos políticos ya casi eternos entre Cuba y los Estados Unidos o cualquiera momentáneo que se suscite. ¿Es esta situación tan categórica o responde a una visión distanciada de estos autores?*

U. A.: Esta es una visión totalmente distorsionada y estoy categóricamente en desacuerdo con ella. Vivo hace veinte años en Miami y durante ese tiempo no sólo he estado escribiendo literatura sino haciendo una columna periodística semanal en un diario muy conservador y sin embargo nunca he experimentado presión alguna por parte de su directiva, a pesar de manifestar muchas veces en mi columna opiniones totalmente opuestas al Editorial. Mis artículos a menudo generan Cartas al Editor, tanto en oposición a lo que he escrito como también a favor. Así son los periódicos en las sociedades democráticas, órganos donde se puede expresar libremente lo que se piensa. Como yo prefiero escribir para punzar, para hacer pensar, más que para entretener, me complace provocar polémicas. Esa es parte de la labor del columnista. En Miami he presentado mis libros, he aparecido en antologías publicadas tanto allá como aquí en Cuba, he participado en un sin fin de actividades culturales y nunca he dejado de expresar lo que honestamente siento.

Quizás mi libro polémico ha sido *El caimán ante el espejo. Un ensayo de interpretación de lo cubano*, publicado en 1993. Allí encuentras tanto críticas a asuntos internos de Cuba como a la comunidad cubana en el exilio. Recibió muchísima atención y cuando se presentó, aunque diluviaba, estaba abarrotado el lugar. Ahora está agotado y en espera de una segunda edición.

Independientemente del lugar de residencia la labor del escritor es solitaria. Hay comunicación con el público después de hecha la obra, pero el acto creador en sí se produce en estricta soledad. Mi queja mayor no es con Miami sino con la dificultad de los escritores cubanos exiliados de encontrar editoriales en España o en otros países. Vives en un país de habla inglesa y no queremos escribir literatura étnica, ni integrar nuestra literatura a la del lugar donde vivimos. Pero tampoco hemos tenido un país que nos reconozca como escritores. Ahí es donde radica la dificultad que surge del conflicto político.

V.A.: *¿Existe en Miami actualmente un ambiente cultural que integra por igual a los escritores cubanos de las distintas oleadas de la emigración o existen marcadas divisiones entre una oleada y otra?*

U. A.: Aquí mi respuesta tiene que ser un poco matizada. Hay muchos eventos en que uno sólo ve a personas mayores, digamos en actos patrióticos o en ciclos de conferencias convocadas por ciertas organizaciones. No sé con precisión si todas esas personas mayores son de la misma oleada pero, sin embargo, cuando Alejandro Ríos presenta un ciclo de cine cubano en el Miami Dade Community College asiste un público amplio e integrado por diversas generaciones y oleadas. Al teatro asiste también un público heterogéneo y mucha gente joven; en FIU, cuando se efectúan congresos académicos, también observas una mezcla de generaciones en los participantes. Hay unos "bolsones" culturales que pueden tener un público prioritariamente de personas mayores, de la primera oleada de exiliados, y otros, entre ellos "Café Nostalgia" por ejemplo, donde hay personas de oleadas más

recientes. Revistas literarias no abundan, lamentablemente. Hay algunas como *Círculo* (órgano literario del Círculo Panamericano de Cultura, que tiene su sede en Nueva York y una subsele en Miami), donde publican muchos escritores de la primera oleada. Está *Encuentro*, en Madrid, que publica textos de autores de las distintas generaciones, dentro y fuera de Cuba. Ahora han surgido varias excelentes revistas electrónicas como *La Habana Elegante* y *Nexos*. De una forma u otra, con el paso de los años las diferencias entre la distintas oleadas se van borrando. Ya no hay muchas entre los primeros exiliados y los del Mariel, por ejemplo. Eso me hace pensar que en el futuro también se borrarán entre todos los cubanos en general.

A finales de los setenta hubo un gran auge de las artes plásticas, que decayó por factores económicos que afectaron el mercado. Ahora hay un resurgimiento de nuevo. Cada viernes primero de mes todas las galerías de Coral Gables abren sus puertas a la vez y ponen al servicio del público ómnibus para que se puedan apreciar todas y cada una de las distintas exposiciones. Pueden ser hasta diez o doce aperturas en una sola ocasión. Ahí te encuentras con gente de todas las edades, charlas con amigos, te tomas un vinito. A este interesante espacio se unen las distintas temporadas culturales como es la de la ópera, la del ballet, la de la orquesta sinfónica, los dos conciertos al año de Mara y Orlando, quienes cultivan la música nostálgica. También tenemos anualmente el Festival de Cine y la Feria del Libro. Es muy difícil delimitar en estas actividades edades y preferencias pues te puedes encontrar estudiantes muy jóvenes acompañando a sus abuelitas en un concierto de música de Lecuona, interpretado por la pianista cubana Zenaida Manfugás, que patrocinamos hace pocos años en FIU y al mismo tiempo a un público muy heterogéneo, tanto en un concierto de Gloria Estefan, Albita Rodríguez o Arturo Sandoval.

A menudo repito que ser cubano es una enfermedad incurable, hereditaria y a veces hasta contagiosa. Una de mis hermanas, por ejemplo, se fue a los siete años y se casó con un español que lleva muchísimos años viviendo en los Estados Unidos. Sin embargo, su hijo de veinte años que nació en Nueva York y vive en California compone música cubana. Un periodista del *New York Times* entrevistó una vez a mis hijas sobre el tema de la identidad. Uvi, la mayor, le explicó qué aspectos de su vida y sus creencias achacaba a la herencia cubana o al ambiente americano, pero Cristina, la más pequeña, se mantuvo sin responder en una absoluta seriedad. Ante esta actitud, el periodista le preguntó dónde había nacido y ella le respondió que en el hospital George Washington. Luego quiso saber en qué idioma hablaba con sus amigas. "En inglés", le dijo Cristina secamente. Debido a su negativa de haber salido alguna vez de los Estados Unidos, el periodista concluyó que se debería sentir norteamericana. Con una mirada de sumo desprecio mi hija le rectificó: "Yo me siento cubana". "Pero si tú naciste en Washington, hablas en inglés y nunca has salido de aquí ¿cómo se explica que te sientas cubana?", insistía incrédulo el pobre hombre. Entonces mi hija lo volvió a mirar con el mismo o mayor desprecio y le contestó: "Eso no se explica, se es". Nunca he encontrado una mejor definición de la identidad que la que dio mi hija con apenas 12 años.

V. A.: *¿Cuál es su relación con la literatura cubano-americana escrita en inglés?*

U. A.: No mucha, pues hace ya un buen tiempo que casi siempre leo sólo en español y no me gusta, además, leer traducciones, sin despreciar, claro está, obras fundamentales.

Durante una presentación de Octavio Paz, en la Universidad de Miami, Gustavo Pérez Firmat abordó el ya tan discutido tema de que sí se podía escribir literatura cubana en inglés. Octavio Paz lo escuchaba en silencio, hierático, muy a la mexicana. Cuando Gustavo terminó se limitó a contestarle: "Bueno, a mí hay que probármelo". Algunos miembros de la generación del "guión" han escrito en español y al mismo tiempo también en inglés, a veces hasta hacen mezclas. Pérez Firmat, quien acaba de cumplir los 50, ahora ha regresado al español. Yo lo considero un escritor cubano. Pero la literatura escrita totalmente en inglés por aquellos autores de origen cubano que siempre han vivido en los Estados Unidos la identifico más como literatura norteamericana con tema cubano. Si un escritor cubano escribe en español sobre un tema africano no podemos identificar su obra como literatura africana. En definitiva, digo como el gran Don Octavio: a mí hay que probármelo. Y de eso sólo se encarga el tiempo.

V.A.: *¿Cuál considera su mejor libro?*

U.A.: El próximo, naturalmente. El que todavía no he escrito.